

mite, era verdaderamente maravillosa; dominando casi por completo las otras seis colinas, alcanzaba la marcha tortuosa de la antigua muralla del rey Servio, y se extendía al Oriente, detras del Viminal y el Esquilino, por el famoso *Agger*, inmensa fortificación de los tiempos que precedieron á la República: al Mediodía descollaban las cumbres de Tibur, de Tusculum y de Alba; al Occidente el Janículo; al Septentrion el Vaticano; en la explanada descubriase la turbia corriente del Tíber, que lame los piés de la ciudad, y una buena porcion del campo de Marte con el bosque Sagrado y la colina de los Jardines: los ojos gozaban mirando al derredor los barrios más poblados y brillantes de Roma; asomándose al fondo el circo Máximo, el foro Boario y la via Triunfal, el foro Romano, los de César y de Augusto, la via Sacra, templos, estatuas, columnas, una ciudad, en fin, de mármoles y de metal esplendorosa.

Si Augusto fué el verdadero fundador del imperio romano, Tiberio es el primer representante autocrático de la grandeza imperial: los disimulos y las modestias de Augusto son ya inútiles: la unidad de servidumbre propuesta por Mecénas está realizada. Roma es el corazon adonde afluye y de donde parte la vida de un estado, que tiene doscientos millones de leguas cuadradas. Anchas vias de tierra facilitan las comunicaciones á los países más lejanos: naves de todos portes cruzan los mares y los rios: al dueño de Roma ofrecen de rodillas su tributo, en vasos Sagunto y Pergamo; en armas Toledo y Cibyra; en púrpuras Tiro y las islas Fortunadas: la blanca lana de Apulia, y el paño de la Céltica, y el cachemir egipcio, y los tapices de Babilonia, y la seda del Tibet, y los perfumes de Arabia, y las pieles de Scitia, y el ámbar de las riberas del Báltico, todo viene á cubrir la augusta miseria del morador del Palatino; África le envia fieras y pájaros; el Oriente y el Occidente sus plantas y sus árboles; Alejandría rosas; el Asia helénica marfiles y oro; Córdoba caballos; la Galia gladiadores; Cádiz bailarinas. Falta espacio para tantas ofrendas, faltan mares para tantos navíos. Tiberio tenía, pues, que pensar en agrandar la casa, donde Augusto habia representado el papel de la

vida, y añadió, en efecto, al que ya podia llamarse palacio, por la parte de Occidente, en direccion del Velabro, los pórticos y cámaras sobre imponentes bóvedas que aún se ven, y que pronto tomaron el nombre de *Casa Tiberiana*, la cual vino á ocupar como un tercio de aquel lado del Palatino. Instituyó allí Tiberio una biblioteca, de que hace mencion Aulo Gelio, refiriéndose á un precioso manuscrito de Caton Nepote, que en ella se conservaba. Calígula, el vanidoso Emperador, que hacia batallas teatrales, aprestando al efecto ejércitos, y que se preparaba triunfos no ménos cómicos, vestido con el manto de Alejandro; el que construyó sobre el mar de Nápoles un puente colosal por medio de millares de naves juxtapuestas, y celebró una orgía, cuya última sorpresa fué el espectáculo de arrojar á las aguas, alumbradas por luz de Bengala, más de veinte mil personas, tan sólo por tener el gusto de presenciar un naufragio; el que en una régia cámara de este mismo Palatino, donde estamos, servia á su caballo, candidato al consulado, cebada con perlas en pesebre de marfil; á quien del todo desvanece la omnipotencia imperial y se juzga dios, concibe el pensamiento de hacer del templo de Castor y Pólux el vestíbulo de su palacio, y pone por obra el altivo y extraordinario proyecto de construir un puente, que, pasando por delante de aquel templo y por encima de la Basilica Julia, llegase al Capitolio, partiendo del Palatino. Aun se conserva el arranque y primer estribo de aquella obra gigantesca, que proyectaba su sombra sobre el Foro, como una amenaza formidable contra los monumentos mal seguros de otros siglos y de otras instituciones, como el brazo de un poder inflexible y tiránico sobre los que fueron alcázares y templos de la libertad antigua.

Para Neron no bastaba el Palatino: incendiada una parte de la ciudad, arrasados muchos de los edificios que en la serie de los tiempos habian cubierto, y como coronado, aquella colina, verdadero solar de una familia, cuna de un pueblo y de una civilizacion, el nuevo señor del mundo ideó y construyó un palacio, que determina el extravío del despotismo por las regiones de lo colosal y de lo absurdo. Todas las degradaciones á



que puede bajar la humanidad, y todos los vapores, que de un inmenso lodazal empapado en sangre pueden subir á la atmósfera, se encuentran y se condensan en una figura humana, que se llama Neron. ¿Cuál otra más á propósito para sentarse en el trono de Calígula? Neron, bajo el punto de vista de sus cualidades morales, es el soberano que corresponde á la Roma de los circos y de los baños y de las distribuciones frumentarias. Al increíble apetito de servidumbre, que se habia apoderado de todas las clases, el genio del mal envió un augusto histrion, que representase la tragedia de la honra humana, como nadie la habia representado ni volverá á representarla en la serie de los tiempos.

La antigua Roma, austera y conquistadora, de los Curcios, los Duilios y los Claudios habia muerto; la Roma helenizada de los Scipiones apenas vivia en la memoria de unos pocos; las sombras de Julio César y de Augusto huian con vergüenza ante la nube de oprobio, que avanzaba por el Palatino. El incendio procurado y la vanidad insensata destruyen uno por uno los monumentos de la heredada gloria; bórranse los vestigios de Rómulo y de Numa, caen los templos de la Roma primitiva y las casas de los repúblicos insignes, el árbol simbólico de la lanza se seca, y el viento lleva sus hojas hasta el Tíber, para que no las pisen los dueños futuros del Palatino: los laureles de Augusto y la corona de encina son á su vez juguete de la tempestad; los templos mismos del primer emperador y su propia morada desaparecen tambien. ¡Cosa rara! La cadena flexible de los tiempos parece que se complacia en enlazar como venturosas extremidades de ocho siglos el altar de Vesta, erigido por Octavio, con el altar de Vesta, servido por la madre de Rómulo: la cadena de los tiempos así mirada parece una corona fúnebre, que la mano de la historia deja caer sobre la tumba del Palatino. La cumbre y las faldas de la colina van en breve á sostener el peso de una construccion gigantesca, imágen exacta del peso de las abominaciones y de la tiranía que gravitan sobre el género humano.

Despues del puente de Calígula no podia imaginarse sino la casa de Neron, la cual, comprendiendo en sí todo el monte Pa-

latino, bajaba hácia el valle que el Celio domina, convirtiéndolo en estanques, que despues harán plaza al Coliseo, remontaba las pendientes del Esquilino, é iba á tocar al *ager* de Servio Tulio; es decir, al otro lado de donde hoy se alza la Basílica de Santa María la Mayor. La casa de Neron alcanzaba, pues, á todas partes, envolvia, como dice Plinio el viejo, toda la ciudad; toda la historia, todas las construcciones del Palatino quedan como enterradas bajo la mole de la Casa de Oro, que reproduce, agrandándolo, cuanto pudieron imaginar de lujo y de molicie los déspotas del Oriente.

Por fortuna los acertados trabajos de inteligentes y activos arqueólogos, en esta última época, han llegado á distinguir las ruínas, que propiamente pertenecen á la casa de los Césares, á la primera edad del Imperio, y las que se refieren á la insana magnificencia de Neron.

Para formar hoy idea de lo que fué aquel palacio, que se extendia sobre un recinto de tres millas y media, y abarcaba el espacio de diez millones de piés cuadrados, tenemos que poner en tortura la imaginacion. Las Tullerías y el Louvre unidos por dobles y triples pórticos de columnas de mármol y de granito, el *Bois de Boulogne* con sus lagos y sus grutas y sus jardines y sus animales: todas las estatuas, que guardan los museos de Roma y de Florencia y de París y de Berlin y de Munich, sembradas en cámaras y en galerías y en termas y en atrios; todo esto es poco todavía. Las lenguas modernas no tienen palabras, que expresen los techos de oro y de marfil, los artificios mecánicos de una sala redonda, que gira perpétuamente como el mundo, cuyas provincias lleva escritas, y que arroja de cada compartimento flores y aromas propias de cada region. Roma no está situada á la orilla del mar; pero el mar, que tambien es esclavo como la tierra, viene por ocultos caminos, á traves de algunas millas, á besar y lavar las plantas del señor del mundo. Los templos y los palacios de Babilonia y de Alejandría habian sido ricos en columnas; pero contarlas por millares estaba reservado á la casa de Neron.

De todos los historiadores de Roma, que han probado á describir aquella mansion, en que no parece sino que el mundo



material se simboliza, preferimos por su serena sencillez la de Suetonio; dice así:

« De su extension y de sus ornatos baste decir que el vestibulo era capaz para contener el coloso y su efigie, cuya altura es de 120 piés: que á lo ancho tenía tres pórticos de una milla cada uno; un estanque á manera de mar, rodeado de edificios en forma de una ciudad; tierras cultivadas, prados, *vignas*, bosques llenos de ganados y de bestias. En las habitaciones todo era dorado, cuajado de piedras preciosas, de perlas y de conchas; las salas de comer adornadas con caprichosos artesonados de marfil, que giraban en derredor, arrojando flores y despidiendo aromas delicados; la principal de estas salas era redonda, y perpétuamente daba vueltas de dia y de noche como la tierra: á los baños venian por diversos caminos las aguas del mar y las del rio (*albulæ*). El dia primero, que habitó (Neron) la parte concluida de esta casa, mostróse muy satisfecho, asegurando que al fin empezaba á vivir como un hombre, *quasi hominem tandem habitare cepisse.* »

El que habia soñado extender Roma hasta las arenas de Ostia, acercar la ciudad á la orilla de los mares, se concibe bien que encontrase pequeño el Palatino para residencia y templo de sugrandeza imperial; pero la Casa Dorada, cual nos ha sido descrita por todos los autores, que la vieron y admiraron, cual la forma todavía la imaginacion, visitando las ruinas y recorriendo los ámbitos solitarios del Coliseo; la Casa Dorada, con sus bosques y sus lagos y sus praderas y su estatua colosal de plata y oro del dios de aquel Olimpo, aparecerá siempre como la monstruosa manifestacion de un sensualismo, que preparaba á toda prisa la decadencia y la muerte del Imperio. De Grecia fueron traídas las estatuas de Ulises y la de Júpiter y la de Orfeo, obras preciosas de Dionisio de Argos, el Amor tan celebrado de Praxitéles, y hasta quinientas del templo de Delfos, todas para ornar y enriquecer aquella casa única, universal, de que el poeta Marcial decia con razon:

*Unaque jam tota stabat in urbe domus.*

Los emperadores, que inmediatamente sucedieron á Neron,

triste producto de conjuraciones y de crímenes, prosiguieron en la obra é insistieron en las huellas de aquél respecto al engrandecimiento y adorno del palacio; pero despues de Vitelio se advierte la tendencia contraria: la Casa Dorada empieza á perder sus gigantescas proporciones y su insultante suntuosidad: Vespasiano demolió el vestibulo, trasportó á la *Via Sacra* el coloso, transformado en Apolo, puso las obras insignes de arte griego en el templo de la Paz, construyó el Anfiteatro, donde estuvieron los estanques famosos, y reedificó el templo de Claudio, que Neron destruyera para ensanchar y embellecer su casa. Tito, poco más tarde, consagra á uso público los espléndidos jardines y casi todas las construcciones, que caian sobre el Esquilino; edifica las termas y borra así una buena parte de aquella página de la vanidad y el despotismo. En el *atrio* famoso construye Adriano el templo de Vénus y de Roma: lagos y jardines desaparecen para dar lugar á monumentos nuevos. Neron habia cerrado la via Sacra con los muros de su palacio, para que fuera más completo y más significativo el asedio de la ciudad por la tiranía; Roma, sin embargo, se abre paso á traves de aquellas espléndidas ruinas para llegar hasta la via Appia. Veinte y cuatro elefantes levantaron el coloso de 110 piés de altura, construido por Cenodoro, y consagrado más tarde á Apolo con sólo cambiar la cabeza de la estatua: Cómodo hizo luégo quitar la del Sol y poner la suya; las estatuas de Roma, como el Imperio, estaban muy acostumbradas á sufrir estos cambios de cabeza.

Nerva escribió las palabras *Ædes publica* sobre la puerta del palacio imperial. Trajano envió á su vez al templo de Júpiter Capitolino multitud de objetos artísticos de inmenso valor. Tantas desmembraciones y tan decidido empeño por desnudar de una parte de su grandeza á aquella mole gigantesca, no bastaron, sin embargo, para quitarle su primitiva importancia arquitectónica: el monstruo habia perdido sus extremidades; el cometa habia perdido sus colas del Esquilino y del Celio; pero el cuerpo del monstruo era aún imponente; el cometa llenaba siempre la extension del Palatino: las artes griega y romana tenían allí su templo y su museo: solamente los



subterráneos ornados de arabescos consumieron la vida del pintor Amulio, de quien dice Plinio que la Casa de Oro fué la cárcel perpétua de su talento. Quince siglos más tarde, Rafael de Urbino y Juan de Udine se inspiran en los frescos de aquellas grutas admirables, y los pájaros y las flores y las guirnaldas, que adornaban las cámaras de Neron, irán á adornar otra casa de oro al otro lado del Tíber, el palacio de los discípulos y sucesores de aquel pobre Pedro, á quien Neron veía crucificar, por orden suya, desde la galería marmórea de este mismo Palatino. Los emperadores Flavios se apresuraron, pues, celosos un tanto de la dignidad de Roma, á borrar el símbolo más visible de la execrable memoria de Neron. Vespasiano y Tito idearon el Coliseo, como medio eficaz de distraer plácidamente la atención de la plebe. Septimio Severo, llevando al Palatino, como á todas partes, su espíritu de restauración, prosiguió en la obra de sus antecesores, y construyó, además, otro monumento insigne, que representara, no la personal vanidad de un emperador, sino la grandeza de la metrópoli del mundo. Septimio Severo, oriundo de África, quiso que la primera impresión de sus paisanos, al llegar por la vía Appia á la ciudad de las siete colinas, fuese una impresión de verdadero asombro; y al efecto, mirando á la región del Mediodía, construyó en el Palatino el Septizonio, renombrado pórtico de maravillosa arquitectura y con siete zonas ó fachadas de columnas, de las cuales tres órdenes de granito africano subsistieron en su lugar, frente á la iglesia de San Gregorio, hasta el siglo XVI, en que fueron llevadas á la Basílica de San Pedro. Domiciano, en el mismo siglo I, y Eliogábalo, en los principios del III, fueron, hasta cierto punto, discípulos é imitadores de Neron. El sucesor de Tito añadió los jardines de Adónis, que fueron admiración de Apollonio de Tiana. Eliogábalo dejó en el Palatino vestigios de su insensata y femenil magnificencia: cubrió plazas enteras de pórfido y serpentino, y además de un baño público y de un templo suntuoso á su dios Eliogábalo, en el cual amontonó todas las cosas sagradas de Roma, hizo edificar una torre altísima, al pié de la cual se extendía un pavimento cuajado de piedras preciosas y de láminas de oro. Pen-

sando en el suicidio aquel libertino *blasé*, el ménos varonil de todos los libertinos que pasaron por el trono de Rómulo, dispuso aquella torre y aquella explanada para subir un día con toda majestad á su cúspide, y romperse espléndidamente la cabeza en un suelo de oro empedrado de zafiros y esmeraldas. El fin de aquel pobre loco no fué tan brillante; matáronle los eunucos y bufones, entre quienes vivió, y su cadáver, después de ser arrastrado por las duras losas de piedra volcánica de las calles de Roma, entró miseramente en el Tíber por uno de los arcos de la Cloaca. El último emperador que pasa, puede decirse, haciendo bien, por la región del Palatino, es Alejandro Severo, en cuya época llegó á su apogeo la labor de los mosaicos en los pavimentos, á punto de dar su nombre, *opus Alexandrinum*, á la más bella y difícil de estas combinaciones de menudas piezas de mármoles durísimos, que en los últimos tiempos del Imperio y en la Edad Media significaron el mayor lujo en la ornamentación de palacios y Basílicas. Alejandro Severo añadió á la casa de los Césares habitaciones especialmente destinadas á su madre Mamea, único vestigio quizá de ternura filial y de amor de familia, que brilla como una luz solitaria en aquella colina y en aquel palacio, donde las mujeres, hija y nieta, han labrado la desventura de Augusto, donde Tiberio vió morir á Druso, envenenado por el seductor de Livia, su mujer, donde hirvieron las intrigas de las Agripinas y los Seyanos, y donde, en fin, mueren, ó son condenadas á morir, la propia madre de Neron y Domicia su tía, y Octavia, la hija de Mesalina, y Antonia, la hija de Claudia, y aquella Sabina Popea, mujer diabólicamente hermosa, en cuyo cuerpo no faltó ningun encanto, y en cuyo espíritu faltó tan sólo la virtud. Las tristes sombras de las mujeres imperiales parece que vagan aún melancólicamente entre las ruinas del Palatino.

Constantino, trasladando la silla imperial á Bizancio, decoró la colina de Rómulo y de Augusto. Las joyas más preciadas del palacio del Tíber van poco á poco á hermosear y enriquecer las estancias de su rival el palacio del Bósforo. Las huestes de Alarico primero, y las de Genserico después, invaden y saquean la casa de los Césares, en cuyo recinto sólo á



relámpagos, y á relámpagos muy débiles, vuelve á brillar la luz de la majestad imperial. Heraclio en el siglo VII vino á ser coronado en el Palatino; las águilas cubrieron por un instante bajo sus alas el trono, en que se habian sentado Trajano y Constantino: era aquél el movimiento galvánico de un cadáver; el último resplandor de una luz que se apagaba. El emperador Heraclio trajo á Roma en aquella ocasion la verdadera cruz de Cristo, hallada tres siglos ántes por Santa Elena: por uno de esos rasgos brillantes de poesía de la historia, cuyo secreto tiene sólo la Providencia, la soberanía imperial, dice Gerbert, que tanto habia hecho en los días de su poder para ahuyentar de Roma la cruz del Calvario, vino en los instantes supremos de su agonía, y por vez postrera, á la ciudad de su gloria y de sus locuras, á traer entre sus manos yertas aquella misma cruz, como si quisiera expiar con un presente de la vejez y de la muerte las impiedades de la juventud y de la vida. Al consolidarse en Roma el poder civil de los Papas, el Palatino tuvo otro rival más poderoso y durable que el palacio de Constantinopla: en el vecino Celio, donde fué la vivienda de los Lateranos, imperaba con paternal autoridad el gran sacerdote de las Catacumbas. La casa de los Césares habia quedado para siempre sin trono y sin corona. Como de las provincias del muerto imperio romano surgen reinos y naciones, así con las ruinas de su palacio imperial se levantan monumentos, que proclaman la transformacion de las sociedades, que contribuyen al nacimiento de una Roma nueva y regenerada: con los restos de la casa de los emperadores se erigen Basílicas á sus mártires, y á la mitad del siglo X, la fábrica, un tiempo maravillosa, de Neron y de Eliogábalo, yace en estado de grutas, muy próximo al de escombros. En aquel inmenso monton de piedras, entre aquellos muros, más poderosos que los incendios y que los bárbaros, vió la Edad Media, ora un monasterio de benedictinos, ora un asilo de pobres y de peregrinos, ya torres feudales, en que defienden su respectivo terreno las facciones que devoran la ciudad. Una de aquellas fortalezas sirvió á la sazón de archivo (*Carthularium*); en ella se refugiaron más de una vez los Papas, y en 1227 los cardenales, vacante la Sede

Pontificia, celebraron conclave, de que salió elegido Gregorio IX. El insigne Pontífice, que habia de dar su nombre al más importante cuerpo de derecho, fué á la silla de los Papas desde las ruinas del palacio de los emperadores. En los días de Petrarca, el Septizonio era todavía embeleso de los cultos y admiracion del pueblo, que le llamaba trono del sol, *sede d'il sole*. Al irradiar la aurora del siglo XVI decia Poggio: «La crueldad de la fortuna de tal modo ha cambiado el aspecto y la forma del Palatino, que hoy, desnudo de todo ornamento, yace en tierra como el cadáver de un gigante, por todas partes roido de gusanos. Pero el siglo, á que ha de dar su nombre Leon X, el siglo de la resurreccion momentánea del muerto Lacio y de la muerta literatura y aún del muerto paganismo, no podia olvidar la colina de Evandro y de Enéas y de la loba y de Rómulo y de Ciceron y de la Casa de Oro. No podia ser olvidado el Palatino en aquellos días, en que el descubrimiento de una estatua antigua era fiesta mayor en todas las clases de la ciudad, cuando la arqueología y la historia y las artes se dan cita para bajar á los subterráneos y para subir á las alturas en busca de noticias de aquella edad, que tuvo por poetas á Virgilio y á Horacio, por historiadores á Tito Livio y Salustio, por oradores á Ciceron y por gobernantes á Julio César y á Octavio. Las ruinas del Palatino cubrian por completo su cumbre y sus faldas; aquel monte era el único de donde toda poblacion habia huido, *solus omnium hodie inhabitatus*; habia sido el primero en cubrirse de edificios, fué el primero tambien en perderlos y en desnudarse para siempre. El templo circular de la Victoria, el de Augusto *ad capita Bubula*, erigido por Livia y Tiberio en el lugar mismo, en que habia nacido el primero de los emperadores; la casa de Agrippa, luego de Calígula, delante de las escalas anularias, que daban subida desde la via Nueva al Palatino; las antiquísimas puertas Mugonia y Románula, al ángulo sudoeste del Palatino la primera, mirando al Capitolio la segunda; el templo de Júpiter Stator; el pórtico de las Naciones; el templo circular de Marte y las mansiones de los sacerdotes salios; el *Clivus* de la Victoria y el *Vicus* de las Curias; el templo de la Fe, debajo del de Juno Sospita;